11453

GALERÍA DRAMÁTICA

DE

MANUEL P. DELGADO

COMPRENDE

LAS MEJORES OBRAS DE NUESTROS CLÁSICOS MODERNOS

OFICINAS

CALLE DE JESUS Y MARÍA, NUM. 4, PRINCIPAL.

MADRID

UN FRANCÉS EN CARTAGENA

UN FRANCÉS EN CARTAGENA

COMEDIA EN DOS ACTOS

POR

D. MANUEL BRETON DE LOS HERREROS

PRECIO: 1,50 PESETA

MADRID
ESTAB. TIP. DE E. CUESTA, Á CARGO DE J. GIRALDEZ
Calle de la Cava-alta, 5
1886

PERSONAJES	ACTORES
Dolores	Doña Matilde Díez.
Pepa	Doña Concepcion Valero.
Gustavo	Don Julian Romea.
Don Cipriano	Don Antonio de Guzman.
Un Oficial	Don Lorenzo Paris.
Un criado y soldados.	

Sala de casa de Don Cipriano, en Cartagena; puerta en el foro; otra y un balcon á la derecha del actor, y otra á la izquierda; muebles de lujo, y entre ellos un espejo.

Esta composicion pertenece á la Galería Dramática que comprende los teatros moderno, antiguo, español y extranjero, y es propiedad de su editor *D. Manuel Pedro Delgado*, quien perseguirá ante la ley, para que se le apliquen las penas que marca la misma, al que sin su permiso la reimprima ó represente en algun teatro del reino, ó en los liceos y demás sociedades sostenidas por suscricion de los socios, con arreglo á la ley de propiedad intelectual de 10 de Enero de 1879 y publicada en la *Gaceta* del 12 del propio mes y año.

ACTO PRIMERO

Es de noche

ESCENA PRIMERA

DOLORES y DON CIPRIANO. Aparecen vestidos de dominó, pero sin careta y sentados

DOLORES. ¡Aun no viene la tartana!
D. CIP. ¡Oh! Primero que recoja
á las chicas de Pantoja,
y á Petronila y á Juana...—
¿Te aguija mucho el deseo
de ir al baile?
DOLORES. No, papá;
¡pero esta noche estará
tan brillante el coliseo!...
D. CIP. ¡Digo, Carnaval, y martes!
¿Quién excusa baile y cena?
Momo reina en Cartagena
lo mismo que en todas partes.
DOLORES. ¡Oh, sí, y hace maravillas
mientras dura este belen;
vaya; cuando á usted tambien
le saca de sus casillas!...
D. CIP. ¿Soy yo, por ventura, fraile?
¿O quisieras—y es muy justo—
que fuese menos vetusto
tu caballero de baile?
DOLORES. ¡Ah! ¿Con quién iria yo
más gozosa?...

608252

D. CIP. ¡Oh! Pues me atrevo
á parecer un mancebo
con careta y dominó.

DOLORES. Mas papá que por llevarme
á las máscaras no duerme,
¿tiene afán de complacerme...
ó designio de celarme?

D. CIP. ¡Eh! ¿Quién guarda á las mujeres
cuando no se guardan ellas?
Sigo con gusto tus huellas,
porque eres buena y me quieres.

DOLORES. Tanto, que casi á despecho
voy á las máscaras.

D. CIP. ¿Sí?

DOLORES. Pues usted deja por mí
el regalo de su lecho.

D. CIP. ¿Dormiria yo? Te engañas.
¿Duermen acaso los viejos?
¿Y cómo teniendo lejos
la prenda de mis entrañas?
O si durmiera, despues
me desvelara al momento
con aquello de *¡memento*
homo, quia pulvis es!...
No; deja que, entrando en liza
con la juventud lozana,
me olvide de que mañana
es miércoles de ceniza;
que si para todos zumba
con son infausto su nombre,
¿cuánto más, dí, para el hombre
que tiene ya un pié en la tumba?

DOLORES. ¡Jesus, qué ideas, Jesus!
Me aflige usted, me amedrenta...

D. CIP. ¿Y por qué? ¡Bobada! Haz cuenta
que no he dicho tus ni mus.

DOLORES. Claro está; mas, por si acaso,
ahora acepto el compromiso.
Vendrá usted, y, si es preciso,

bailará...

D. CIP. ¿Yo? ¡Lindo paso!
No; sentado con mi prima,
viendo de tu lindo pié
la gracia, me quitaré
diez ó doce años de encima.
Despues, cual dáma y galan,
iremos por el salon,
y será mi diversion
la envidia que me tendrán.

DOLORES. ¿Hay padre más bondadoso? (Le besa la mano.)

D. CIP. (Abrazándola.)
¡Cuánta será mi ventura
si con la misma ternura
que yo te quiere tu esposo!

DOLORES. ¡Mi esposo!... Ya mi alegría
turba ese nombre funesto.
¿A qué casarme tan presto?
Soy muy jóven todavía.

D. CIP. ¡Diez y nueve años y un mes!
Menos tenia tu madre
cuando naciste; y tu padre...
tan viejo ya... *¡Pulvis es!...*

DOLORES. ¡Otra vez *pulvis!*... ¡Gran Dios!...
Sí, señor; me casaré.

D. CIP. Gustavo me ama...

DOLORES. Ya sé...

D. CIP. Sereis felices los dos.
Segun carta que el papá
me escribió desde Marsella,
pronto á los piés de su bella
el futuro llegará;
pero sin duda le importa
sorprendernos...

DOLORES. ¡Qué capricho!

D. CIP. Porque el nombre no me ha dicho
del buque que le trasporta.

DOLORES. Padre... un padre nunca yerra;
mas, ¿por qué tanto interés

en entregarme á un francés?
¿No hay ya mozos en mi tierra?

D. CIP. El ser de tu gusto ó no
es lo que más interesa,
y mas que sea francesa
la cuna que le meció.
En circunstancias muy críticas,
y con la vida en un tris,
me arrojaron del país
mis opiniones políticas.
¡Fatal año veintitres;
fatal nuestra desunion,
y fatal la intervencion
del ejército francés!
A los hijos de Numancia
ella trajo el despotismo...
Mas la Francia no es lo mismo
que el gobierno de la Francia.
¡Cuántos, de aleve sicario
salvando apenas la vida,
hallaron grata acogida
en su suelo hospitalario!
Entonces, de alguna estrella
benigna el próspero influjo,
sano y salvo me condujo
á las playas de Marsella.—
Aun no habias tú nacido,
que quedó tu madre en cinta
de tí... ¡mi pobre Jacinta!
Nunca la echaré en olvido.
Por su débil complexion,
y por cuidar de tu infancia,
compartir no pudo en Francia
el pan de la emigracion,
y cuando tan dulces lazos
pude estrechar sin estorbo,
¡ay Dios! el cólera morbo
me la arrancó de los brazos.

DOLORES. ¡Madre mia!...

D. CIP. A su memoria
fuera tributo mi vida... (Abrazando á Dolores.)
sin esta prenda querida
que es mi consuelo y mi gloria.
Mas no agucemos el clavo
que me hiere en lo más vivo,
y volvamos al motivo
de casarte con Gustavo.
Siendo él niño todavía,
á su padre conocí,
en cuya casa viví
como pudiera en la mia.
Ya entonces con regocijo
afianzaba nuestro afecto
el agradable proyecto
de tu boda con su hijo;
y harto su bondad te muestro,
pues la alcancé tan cumplida
con mi libertad perdida
y mi fortuna en secuestro.
Hoy que estoy en la opulencia,
¿podré mirar con desden
al noble amigo por quien
me salvé de la indigencia?

DOLORES. No; pero ¡á qué matrimonio
tan aciago me condeno
si siendo el padre tan bueno
es quizá su hijo el demonio!

D. CIP. ¿No has visto ya su retrato,
como él el tuyo?

DOLORES. En efecto;
mas con rostro tan perfecto
puede ser un mentecato.

D. CIP. No digas tal sacrilegio,
que no habrá andado hacia atrás,
y al venirme, era el que más
descollaba en el colegio.

DOLORES. Dará de su ingenio muestras
y tendrá mil alicientes,

pero ¡son tan diferentes
sus costumbres y las nuestras!
No me fío de mí sola,
pero si oigo á mis amigas...
¿Cómo han de hacer buenas migas
un francés y una española?
Allí todo se hace á escote,
y quien merece la palma
no son las dotes del alma
sino el alma de la dote;
y al tomar una mujer,
á manera de subasta,
todo lo estipulan, ¡hasta
los hijos que han de tener!

D. CIP. No es errada tu opinion,
que algo de eso hay por allá;
mas, tanto allá como acá,
no hay regla sin excepcion,
y aunque son de tierra extraña,
sólo á complacerte aspiran
hijo y padre, que deliran
por todo lo que es de España.
Por eso el pobre Gustavo
nuestro idioma noche y dia
estudia; galantería
que yo agradezco y alabo,
y prueba de que despunta
es la instruccion que recibe
en la carta que te escribe
á la de su padre adjunta.

DOLORES. Algo chapurrada es,
mas la entiendo; y yo, en rigor,
lo haria mucho peor
si le escribiera en francés.

D. CIP. En fin, venga, y le verás.
Si no fuere de tu gusto,
sacrificarte no es justo,
ni yo lo haria jamás.

DOLORES. Mas por poco que me cuadre,

le daré mano de esposa,
sólo por dejar airosa
la palabra de mi padre.

D. CIP. Y mi corazon me augura
que la boda que desea
se hará pronto, sin que sea
á expensas de tu ventura.

ESCENA II

DOLORES, DON CIPRIANO y PEPA

PEPA. Ya está abajo la tartana.
(D. Cipriano y Dolores se levantan.)

D. CIP. Pues vamos, Dolores.

DOLORES. Vamos.

PEPA. (¡Qué envidia! Tras de los amos
me iria de buena gana.)

DOLORES. Dame mi careta.

PEPA. (Dándola una de dos que están sobre una mesa.)
¿Es esta?

D. CIP. La mia. (Pepa le da la otra.)
Si es toledana
la noche, á bien que mañana
dormiremos buena siesta.

PEPA. (¡Pues ya; sí! Y yo, ¿cuándo duermo?)

D. CIP. Tú vela y cuida de casa,
que madruga Nicolasa
y Cristóbal está enfermo.

PEPA. (¿No dije...?) Bien; ya lo escucho.

DOLORES. ¡Adios!

D. CIP. (Una vez que hay dos,
llevaré una llave... ¡Adios!)

PEPA. Diviértanse ustedes mucho.
(Vánse Dolores y D. Cipriano por el foro.)

ESCENA III

PEPA

PEPA. Buena noche toledana,
y van al baile, cuando una...
¿Pues hay placer en el mundo
como aquella barahunda
de Carnaval? ¡Y poquito
me gusta á mí la mazurca,
y el rigodon, y el galope!
Pero lo que más me gusta
es el vals. ¡Con qué delicia
la persona se columpia,
y se limpia una de humores
con lo que suda y trasuda,
y como una se ventila,
se queda libre de pulgas!
Luego, á favor de la máscara
y de cuatro garatusas,
pasa cualquiera fregona
por señora de alta alcurnia,
y la fea por bonita
y por verde la madura.
Cuando una tiene pareja,
nadie estorba que la luzca,
y cuando una no la tiene,
sin escrúpulo la busca;
y si no cuaja de veras
lo que se emprendió de burlas,
al menos, mientras la cara
bajo el tafetan se oculta,
oyendo dulces requiebros,
se esponja el alma y disfruta,
y se deja una llevar
hacia el ambigú... y abusa,
que así como caballeros
tambien hay damas de industria.—

Ya estará lleno el teatro...
¡Reniego de mi fortuna!
Y tan cerquita, que casi
desde aquí se oye la bulla...
Mas me sucede lo mismo
que á la zorra con las uvas.—
(Suena en la calle música de guitarra, bandurria, etc., tocando la rondeña.)
¡Hola! Hay jolgorio en la calle.—
¿A quién darán esa música?—
Dios me conforta con ella
ya que el baile me rehusa.—
Y á mi puerta se han parado,
que el oido me lo anuncia.—
¡¡Ay qué gloria de guitarra
y qué gozo de bandurria! (Cantan en la calle.)
«Gracias, niña morena,
la noche á velar convida,
que está apacible y serena.
Despierta si estás dormida
y saca un alma de pena.» (Siguen tañendo.)
¡Ay que copla tan discreta,
y con qué gracia y sandunga
la han cantado!—¿Seré yo
la agraciada...? ¿Quién lo duda?
Nicolasa es una arpía,
Gerónima una lechuza...
Ya en la vecindad no quedan
más mozas que Juana y Ursula;
pero el novio de Juanilla
está en la Huerta de Murcia,
y la otra, ¿cómo es posible
siendo sobrina del cura...?
Aunque dicen malas lenguas...
Pero ¡ca! serán calumnias. (Cantan otra vez.)
«Prenda de mi corazon,
lucero de la mañana,
asómate á ese balcon,
ó si eres de otra opinion...

asómate á la ventana.» (Sigoen tocando.)
Está visto; á mí me rondan,
y el que con tanta finura
me echa coplas que me ponen
en los cuernos de la luna,
calafate es por lo menos
ó patron de una falúa.
¿Y seré yo tan ingrata
y seré yo tan injusta
que no me asome al balcon
cuando por mí se aventura
á un catarro pulmonal
ó á que le den una zurra? (Abriendo el balcon.)
Abro, pues, que me da pena
esa pobre criatura,
y el amo no me ha de echar
desde el baile una peluca. (Se asoma.)
Ya me asomo, pero callo
hasta ver si me saluda
por mi nombre. ¿Quién será?...
¡La noche está tan oscura!... (Vuelven á cantar.)
«María, flor de las flores,
María del alma mia,
por tí me muero de amores,
María de los Dolores,
de los Dolores María.» (Prosigue la música.)
(Retirándose un poco del balcon.)
No es para mí la funcion.
¡Pese á mi mala ventura!...
¡Y salia yo tan hueca!...
Pero el nombre que pronuncian
es el de mi señorita.
¿Y cómo siendo tan pulcra
tiene amantes que la canten
en serenatas nocturnas
por el son de la rondeña
esas coplillas tan chuscas?
Pero á mí... ¡Qué sueño tengo!...
Aunque se la lleve Judas... (Bostezando.)

¡Ah!... Me sentaré...
(Se sienta junto al balcon, da cabezadas, y á los pocos momentos se queda dormida.)
¡Jesus!...
Para otras tanta... y yo nunca... (Cantan.)
«Si he de subir, dueño mio,
dímelo con una tos,
dulce iman de mi albedrío;
¡déjame subir, por Dios,
que es de noche y tengo frio!»
(Continúa el tañido.)
(Soñando.) ¿Me conoces? ¿Me conoces?
No me trato con gentuza.
¡Quítese allá el mamarracho!...
(Tose dormida, y al instante cesa la música de la calle.)
¡Viva la flor y la espuma
de las Pepas!... (Vuelve á toser, y despierta.)
¡Qué remusgo!...
Se me ha enfriado la nuca...
y esta tos... entornaremos...
(Entorna el balcon sin moverse de la silla, y hace esfuerzos para dormirse otra vez, pero la tos la vuelve á desvelar.)
¡Otra vez la tos perruna!... (Se levanta.)
Buscaré con qué abrigarme...
(Abrese el balcon y aparece Gustavo.)
¡Ay Vírgen de las Angustias!

ESCENA IV

GUSTAVO y PEPA

GUSTAVO. ¡Oh salejro!... Buena tarde...
PEPA. (Gritando.) ¡Socorro!—¿Con qué intenciones viene usted?...
GUSTAVO. ¡Calla!
PEPA. ¡Ladrones!
GUSTAVO. ¿Yo ladrrones? ¡Dios me en guarde!
PEPA. ¡Ay, me dan unos sudores!...

GUSTAVO. La música de tu tos...
Mas la... semblante de vos...
Vos no estás donna Dolores.
PEPA. ¡Aparte de aquí el borracho!
GUSTAVO. ¿Yo emborrachar? Dios testigo...
PEPA. Aparte de aquí le digo,
y no se finja gabacho.
GUSTAVO. Mí no finco yo, ¡maldita!...
Mí, no ladrron, sino esposo;
mí yo soy un amojroso.
¿Dónde está la señojrita?
PEPA. ¿Qué tiene que ver con ella
un pícaro...?
GUSTAVO. ¡Oh! por San Pablo...
No; yo soy un pobre diablo
que está nasido en Marsella.
PEPA. En todas partes hay cuño
de bribones.
GUSTAVO. *¡Oh mon Dieu!*
Si no callas, *¡ventrebleu!*..
te doy un golpe de puño.
PEPA. ¡Piedad! ¡Socorro! ¡Ha de casa!
GUSTAVO. *¡Tais toi!*
PEPA. ¡Cristóbal!... ¡Vecino!
¡Al ladron! ¡Al asesino!
¡Nicolasa! ¡Nicolasa!—
¡Ella duerme! ¡El está enfermo!...
GUSTAVO. *¡Oh damnation!*
PEPA. ¡Que me viola!
¡Que me mata!... ¡Y yo aquí sola
con semejante estafermo!
GUSTAVO. *¡Fi donc!* ¡Pecado nefando,
digno de eternal castigo!...
No vengo buscar á tigo:
es dom Lopes quien demando. (Gritando.)
¡Dom Lopes!—¿Dónde se esconde?
¡Dolojres!
(Suenan golpes fuertes y repetidos en la puerta de la calle.)

PEPA. (Llaman con bulla...
¡Respiro! Alguna patrulla...)
GUSTAVO. ¡Persona no me responde!
PEPA. (Iré... Mas la llave suena.
Vendrá el amo...) Ahora verás...
(Dentro ruido y voces.)
¡Al ladron!
GUSTAVO. ¡Qué Barrabás
de villa de Cartaquena!

ESCENA V

GUSTAVO, PEPA, DON CIPRIANO, UN OFICIAL y SOLDADOS

D. CIP. ¡Aquí está! ¡Date á prision!
(Los soldados le rodean.)
GUSTAVO. ¿Yo prisionejro? ¡Demontrre...!
PEPA. ¡Ay amo del alma mia!
GUSTAVO. ¡Tanto mundo contra un hombrre!
¿Y es así que á los huespédes
resiben los españoles?
D. CIP. ¿Qué oigo? Ese acento... Esa cara...
GUSTAVO. Mí, yo soy fransés.
D. CIP. ¿El nombre...?
GUSTAVO. Gustavo de Martignac.
D. CIP. ¡Sí, él es, sí!—Nadie le toque.
PEPA. (Esta es otra que bien baila.)
D. CIP. Yo respondo de este jóven.
Bien puede usted retirarse.
OFICIAL. ¿Sabe usted de quién responde?
D. CIP. Sí tal. Algun *quid pro quo*...
Como aquí no le conocen
y ha venido de sorpresa...
¿No quiere usted que le abone
si viene á ser nada menos
que yerno mio?
GUSTAVO. ¡Oh dom Lopes!
(Se abrazan.)
OFICIAL. Bien está. Si usted promete

que no ha de alterar el órden...

D. CIP. ¿El? Ni soñarlo.

OFICIAL. Seguidme,
muchachos.—Felices noches.

ESCENA VI

DON CIPRIANO, GUSTAVO y PEPA

D. CIP. Pues ya se ha pasado el susto,
anda tú, y llama á Dolores,
que sin duda se ha escondido
en los últimos rincones
de la casa.

ESCENA VII

DON CIPRIANO y GUSTAVO

D. CIP. (Apretando la mano á Gustavo.)
¡Voto al chápiro!
¡Tomar por ladron al pobre
Gustavo...! Pues si no vengo
tan á tiempo, echan á golpes
la puerta abajo, y te prenden
sin decir oste ni moste.

ESCENA VIII

DON CIPRIANO, GUSTAVO, DOLORES y PEPA

DOLORES. ¡Papá...!

D. CIP. Ven aquí...

GUSTAVO. ¡Oh, la linda
creatura, anquel de amojres!

D. CIP. Abraza á tu novio.

DOLORES. (¡Es él...!)

GUSTAVO. ¡Ah Dolojritos!

D. CIP. ¿No me oyes?

Abraza á Gustavo.

DOLORES. (Abrazándole con tibieza.)
Sí...
¡Bien venido!

GUSTAVO. ¡Oh bella doble,
trriplemen que el retrato!

D. CIP. ¡Cuánto ha crecido! ¡Está enorme!—
¿Vienes bueno?

GUSTAVO. ¡Oh, mucho bueno!

D. CIP. ¿Y papá? ¿Y mamá? ¿Y la prole?

GUSTAVO. Todas se portan muy bien.

DOLORES. (¡Quiera Dios que tú te portes
mejor que yo espero!)

D. CIP. ¿Y cómo,
cuando con viento del Norte
aun te hacia yo surcando
de bolina el mar salobre,
te encuentro aquí perseguido
por ladron, y dando voces
la criada...

GUSTAVO. ¡Oh! la crriada....
yo la pido mil perdones,
es una pequeña bestia.

PEPA. Gracias. (¿Habrá monigote?)
¿Qué mujer no se espeluzna
y aturde á gritos el orbe
si está sola y de rondon
y así... de bóbilis, bóbilis,
se le cuela un hombre en casa
con un palmo de bigotes,
y no por la puerta, que eso
al fin seria más noble,
sino...

D. CIP. ¡Qué...!

PEPA. ¡Por el balcon!

D. CIP. ¡Gustavo!

GUSTAVO. Mas...

D. CIP. ¡Qué desórden!

GUSTAVO. Mas présteme usted orecas,

señor, porque yo le informe...
Señor, yo tengo leido
Memorias de compatriotes
que estudian en filosófos
los costumbres españoles;
señor, yo tengo aprrendido
que en vuestras populasiones,
y otro tanto en Cartaquena
que en Malága y en la corte,
es de rigor... ¿Cómo disen...?
Pelar el pavo los cóvenes,
y haser musíca á las damas,
y... dar asalto en balcones.
Y esto no lo disen solo
los franseses viacadores,
que de mismo lo constatan
Mojretós y Caldejrones.

D. CIP. Calderones y Moretos
fueron discretos pintores
de su siglo, mas su siglo
ni es el nuestro ni el de Clovis,
y hay notable diferencia
aquí, en Francia y en Hannover,
de las costumbres de ahora
á las costumbres de entonces.
Ya las damas de Castilla
no imitan en sus amores
á las gatas, y esos músicos
nocturnos que echan los bofes
para exprimir con la jota
y el fandango sus pasiones,
y en fin, eso de pelar
la pava desde las doce
en coloquios que interrumpe
muchas veces un garrote,
ahora ya sólo se estila
entre la gente del bronce.

GUSTAVO. Perdone usted, pero mí...
Yo tengo mucho á los goses

populares, y por tanto,
no bien desbarqué en el bote,
busqué en el muelle una tropa
de escolares truvadores,
y con ellos...

DOLORES. Bien está;
pero es accion fea y torpe
encaramarse un amante
al balcon sin que le otorguen
licencia...

GUSTAVO. Esto es verdadejro;
mas yuro á vos y á San Roque
que por boca del cantante
demandé con tres bemoles
una tos de permision;
y hé aquí que de arriba tose
vos de muquer...

PEPA. ¡Pues, la mia!
Rezando mis oraciones
me quedé medio traspuesta,
y con el fresco que corre,
me constipé...

GUSTAVO. E yo creí,—
mí no entiendo de pulmones,—
que aquella tos que tosia
estaba la de Dolojres,
y dique: arriba, Gustavo,
ella te da pasaporte.

DOLORES. Pero aunque usted me juzgara,
señor Gustavo, más dócil
de lo que mi honor permite
á tales insinuaciones,
¿cómo pudo usted creer
que le esperaba? ¿De dónde
sabía yo...?

GUSTAVO. *Mais, ¡bon Dieu...!*
¿No escribí yo al papa á borde
de mi fregata?

CIP. No he visto

la carta. Vendria el sobre
equivocado.

GUSTAVO. ¡Perdon!
Clajro desia: «á dom Lopes,
en Cartaquena.»

D. CIP. ¡Lucidos
estamos!

PEPA. (¡Vaya un bodoque...!)

D. CIP. ¿Y no más? Lopez me llamo
de apellido, mas mi nombre
es Cipriano, y van unidos
para que no me equivoquen...

GUSTAVO. Comprrendo. Santo Siprien...
¡Santo grande!

PEPA. (Ora pra nobis.)

GUSTAVO. Eh bien, señor mio, el santo...

DOLORES. (Se fué al cielo.)

GUSTAVO. Pejro... *¡dròle...!*
A mí dico el mensaquero:
yo dí carta, venga porte.

D. CIP. A otro Lopez se la dió
sin duda. Habrá unos catorce
sólo en mi barrio: D. Pedro,
don Cayetano, don Cosme,
don Juan, etc., etc...
pero son... otros Lopez.

GUSTAVO. *¡Ah, maladroit que je suis...!*

D. CIP. Vamos, no te desazones
por eso; es muy natural
que siendo extranjero, ignores
ciertas cosas... Mas ya es hora
de dormir. (Mirando su reloj.)
¡Las cuatro y once!
Tú estarás cansado...

GUSTAVO. Un poco.

D. CIP. Y esta niña no es de roble.
Viene del baile...

GUSTAVO. ¡Ah! Comprrendo.—
Ese no está el uniforme

español... y la mascára...
¡Hoy... Sí, Carnaval; hoy postrre
de Carnaval!

PEPA. (Pues yo creo
que hoy comienza en casa.)

D. CIP. Conque...
aquel es tu cuarto. (A Pepa.) Enciéndele
una luz, y que repose
de sus fatigas.

(Pepa toma una de las dos velas que habrá sobre la mesa, y entra con ella al cuarto de la derecha.)

Mañana...
Mal digo; hoy, despues que ronques
á tu sabor, hablaremos
más despacio.

GUSTAVO. (Besando la mano á Dolores.)
¡Adios, consorte
bonita, ¡oh! ¡Bonita...! Adios,
bello padre.

(Volviendo á besar la mano á Dolores.)

¡Un autre! ¡Un autre!
¡Adios!

(Entra en el cuarto de la derecha, y al momento sale de él Pepa con la luz.)

ESCENA IX

DOLORES, DON CIPRIANO y PEPA

DOLORES. ¡Padre!

D. CIP. Espera adentro
á tu señorita.

PEPA. (¡Pobre
señorita!) (Váse por la izquierda del foro.)

ESCENA X

DOLORES y DON CIPRIANO

DOLORES. ¡Ay, padre mio! (Se echa en sus brazos.)
D. CIP. ¡Niña! ¿Qué es esto? No llores.
¿Te ha disgustado el futuro?
DOLORES. Siento que usted se incomode,
pero el corazon me anuncia
mil penas y sinsabores.
D. CIP. Vamos, que el molde no es malo...
DOLORES. Lo de menos es el molde;
mas, ¿qué puedo prometerme,
qué puedo esperar de un hombre
que hace su primer visita
escalando mis balcones?
D. CIP. Su ignorancia le disculpa.
Él creía obrar conforme
á los usos del país,
y siendo su amor el móvil
de ese yerro, antes merece
elogios que reprensiones.
Como todos los que llegan
aquí de allende los montes
pirineos, vendrá lleno
de extrañas preocupaciones;
pero es mozo despejado,
y yo espero que le cobres
el amor que hoy le rehusas,
cuando él mismo vea y toque
que no hay tanta diferencia
como los fatuos suponen
entre una dama española
y otra de París ó Londres.
DOLORES. Quiera Dios...
D. CIP. (Tomando la otra luz.) Vete á acostar,
y déjate de aprensiones;
que si, contra mi esperanza,

se realizan tus temores,
no te casarás con él
aunque en su favor aboguen
amistad y gratitud;
y ¡por vida de San Jorge,
que si no es buen caballero
en palabras y en acciones,
como entró saldrá, es decir,
por el balcon!—Buenas noches.

(Entra en el cuarto de la izquierda, y Dolores váse por el foro.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

DOLORES y DON CIPRIANO. Acaban de tomar chocolate. Don Cipriano está de bata y gorro.

D. CIP. Conque á pesar del cansancio
del baile...
DOLORES. Nada; no pude
pegar los ojos.
D. CIP. Me das
con eso una pesadumbre...
¿Por qué desvelarte así?
¿Estabas mala?
DOLORES. No; tuve
una fatal pesadilla...
D. CIP. ¡Válgate Dios!... Mas ¿qué lúgubre
fantasma?...
DOLORES. ¡El francés! Apenas
á mis párpados acude
el sueño, no cual solia,
profundo, tranquilo y dulce,
sino inquieto y angustioso,
como el de un mortal que sufre
horribles remordimientos...
D. CIP. No te vayas por las nubes,
y al caso. Apenas quedaste
dormida, cuando...
DOLORES. Interrumpe

mi sueño la *vera effigies*
del novio...

D. CIP. ¡Santa Gertrudis!...
Pues á todas las muchachas
les sucede cada lunes
y cada martes lo mismo,
sin que ninguna se asuste.

DOLORES. ¡Ríe usted! Pues no es el lance
para que nadie se burle.
No en suplicante actitud,
aunque hubiera sido inútil,
sino con puñal en mano,
y de sus ojos azules
brotando llamas, y en son
como de toro que muge,
me dice: en vano será
que mi consorcio repugnes.
¡Eres mia! ¡Soy el héroe
de Dumas! ¡Calla y sucumbe!
¡Soy Antony!—Yo gritaba—
¡ay Vírgen de Guadalupe!—
resuelta á morir mil veces
antes que empañar el lustre
de mi virtud.—Mis clamores
le enfurecen, brama, crugen
sus dientes, vibra el puñal,
y á mi pecho...

D. CIP. ¡El Via-Crucis
me valga!...

DOLORES. ¡Ay Dios!...

D. CIP. Pero entonces,
lanzando un suspiro fúnebre
despertaste...

DOLORES. ¡Ah! Sí, señor.

D. CIP. ¡Y á buen tiempo! Si no, te hunde
el puñal en las entrañas
y te cantan *De profundis*
mañana... y luego, ¿qué viste?
espectros, vampiros, luces

fosfóricas...

DOLORES. ¡Eh, qué chanzas
tiene usted!...

D. CIP. No me lo ocultes.
El diablo andaba sin duda
por allí. ¿No oliste á azufre?

DOLORES. Si lo toma usted á mofa...

D. CIP. Lo que quiero es que te cures
de pueriles aprensiones
que tales sueños producen.

DOLORES. No puedo olvidar la escena
del balcon.

D. CIP. ¡Oh! Ya me aburres
con la escena del balcon,
y ¡por vida de San... turce!...

DOLORES. No se enfade usted, papá.

D. CIP. Pero, ¿á quién diablos le ocurre
comparar á ese muchacho,
que es la misma mansedumbre,
con *Antony*? Es menester,
hija mia, que no juzgues
tan de ligero á los hombres.

DOLORES. Será un ángel, un querube,
mas como yo no conozco
todavía sus virtudes...
En fin, no porfío más.
Acaso sea una fútil
preocupacion la mia,
y haré esfuerzos no comunes
por dominarla.

D. CIP. Sin eso,
confío que la costumbre
de verle, el tiempo...

ESCENA II

DOLORES, DON CIPRIANO y PEPA

PEPA. (Saliendo del cuarto de la derecha.)
Ya están
colocados los baules
del huésped.

D. CIP. ¿Qué hace Gustavo?

PEPA. Se está afeitando. ¡Qué estuche
tan bonito!

D. CIP. No saldrá
sin ponerse como cumple
á un novio, de tiros largos,
que estos franceses se pulen
y acicalan... Quizá estrene
alguna moda del *Louvre*.—
¡Y tú estás en *négligé*!
Anda, que Pepa te ayude...
No quiero yo que te coja
desprevenida. Esos bucles...
Ponte uno de los vestidos
que envió don Pedro Nuñez
de Paris.—Aquel de flores
menudas...

DOLORES. El que usted guste.
Ven, Pepa.

PEPA. (¡Emperegilarse
para agradar á un franchute!)

ESCENA III

DON CIPRIANO

D. CIP. Pero, señor, qué manía...
¡No perdonarle una tacha
venial!... Vamos; la muchacha

le ha cobrado antipatía.—
Quizá un elegante frac
convierta en amor el asco;
pero si no, ¡es fuerte chasco
para el pobre Martignac!
Sentiré que, segun trazas,
despues de fletar un barco
para atravesar el charco,
le cargue de calabazas;—
mas, por mucho que me aflija
tan dolorosa sentencia,
habrá de tener paciencia,
que antes que todo es mi hija.

ESCENA IV

DON CIPRIANO y GUSTAVO. Gustavo sale de su cuarto en bata y chinelas

GUSTAVO. Buen dia, mi cajro suegrro.
D. CIP. (Abrazándole.) ¡Oh Gustavo! ¡Voto á quién!...
¿Qué tal? ¿Se ha dormido bien?
GUSTAVO. Perfectamente.
D. CIP. Me alegro.
GUSTAVO. ¿Y vos?
D. CIP. Muy bien.
GUSTAVO. ¿E qué tal,
Dolojres?
D. CIP. Como en la gloria.
(No le contaré la historia
de aquel ensueño fatal.)
¡Qué bata tan elegante!
GUSTAVO. La puse por me rasar,
pejro la ropa talar
está mucho redundante.
Luego á la consorte mia,
padrre dom Lopes quejrido,
me presentaré vestido
en toda seremonía.

D. CIP. Tú sabes mis sentimientos,
y con franqueza te digo
que entre nosotros, amigo,
no debe haber cumplimientos.
Ya ves que yo no te agobio
con ellos.—Mas sé lo que es
un jóven... ¡Digo, y francés,
y con ínfulas de novio!
Y como todo mi afan
á su ventura se aplica,
no sentiré que á la chica
te presentes muy galan.—
Ahora te pondrán la mesa...
Tu desayuno he dispuesto...

GUSTAVO. Grrasias.

D. CIP. Querrás, por supuesto,
almorzar á la francesa.

GUSTAVO. Mí, ya no quiejro ese modo,
é si no estoy impojrtuno,
deme usted un desayuno
todo español, todo, todo.

D. CIP. Te agradezco, por mi vida,
tu españolismo. Ahora bien,
mandaremos que te den...

GUSTAVO. Está clajro; olla podrrida.

D. CIP. (¡Olla podrida... á las diez!)

GUSTAVO. Con del choriso é morsilla,
é garbanso de Castilla,
é Valdepena é Querés.

D. CIP. ¡Hombre... (Por más que me esfuerzo,
no puedo tener la risa.)
Nuestra olla no se guisa
para que sirva de almuerzo.
Pero ya que haces alarde
de acomodarte al estilo
del país, vive tranquilo;
yo te la daré más tarde.

GUSTAVO. Fuejrte bien, é grrasias mil.

D. CIP. En España, para el pasto

matutino hacen el gasto
Caracas ó Guayaquil.

GUSTAVO. Eh bien, quiejro chocolata...

D. CIP. Eso es distinto. (Llamando.)
¡Muchacho!

GUSTAVO. Y un... ¿Cómo apelan...? Gaspacho
con del pemiento y tomata.

D. CIP. (¡Peor es esto que la olla!)
¿Gazpacho?

GUSTAVO. Sí; en Cartaquena
gaspacho... ¡cosa muy buena!

D. CIP. (Apestaria á cebolla.)
Tampoco eso corresponde
tomarlo por las mañanas.
(El pobre ha oido campanas,
pero no sabe por dónde.)
(A un criado que llega.)
Chocolate al señorito,
pan y manteca de Holanda.
¡Pronto! (Váse el criado.)

GUSTAVO. Haré como usted manda.
Mucho humilde mi apetito.

D. CIP. (¡Gazpacho! Pues si sintiera
despues la niña el olor...)

GUSTAVO. (*¡Ma foi, il rassamble au* doctor
Pedrro Resio Tirteafuejra!)
Yo mientrra, con viento en popa,
si no es usted de otrro aviso,
iré, con vuestro permiso,
á meterme la otrra ropa.

D. CIP. Muy bien pensado. Anda, pues,
y haz siempre lo que te cuadre...

GUSTAVO. Sin adios, señor dom... padrre
politíco.

D. CIP. Hasta despues.

ESCENA V

DON CIPRIANO

D. CIP. Es una alhaja ese mozo.
Pero ¡qué extraño furor
de españolizarse! Temo,
si á la mano no le voy,
que la que miraba ayer
la boda con prevencion
por ser francés el marido
que la destinaban, hoy
le repruebe desdeñosa
por demasiado español.—
Pero en su propia manía
fundo mi esperanza yo,
porque de mi cuenta corre
darle buena direccion,
y ella habrá de agradecerle
esa prueba de su amor,
ya que hasta ahora, por dicha,
es libre su corazon.—
¡Eh! Dejemos á Gustavo
que se ponga *comm' il faut*,
y vamos...

ESCENA VI

DOLORES y DON CIPRIANO

D. CIP. ¡Hola, ya vienes
vestida!... ¡Y con qué primor!
(Vuelve el criado con el chocolate para Gustavo en una bandeja, y entra en el cuarto de la derecha.)
DOLORES. ¿Me sienta bien el vestido?
D. CIP. Hermosa estás como un sol.
DOLORES. Ya ve usted que he procurado

complacerle.

D. CIP. Y yo te doy
las gracias. Se quedará
Gustavo hecho un ababol
cuando te vea. El tambien,
á fuer de novio de pro,
implora para agradarte
auxilios del tocador.

DOLORES. ¿Le ha visto usted?

(Sale de vacío el criado, y váse por el foro.)

D. CIP. Há un momento
que de mí se separó.
Ciego está por tí.

DOLORES. ¿De veras?

D. CIP. De veras. ¡Y qué pasion
por las cosas de mi patria!
Su padre no me engañó.
Y esa pasion á tu lado
crecerá como el arroz,
y luego que aprenda bien
la lengua de esta nacion,
ninguno dirá que es hijo
de Provenza ó Languedoc,
sino que le han bautizado
en Madrid ó en Badajoz.—
¡Ah! escucha. Ya me olvidaba
de hacerte una prevencion...

DOLORES. ¿Cuál, papá?

D. CIP. Para seguirle
al clima donde nació,
ni te expondrás, hija mia,
por ese elemento atroz
á naufragar, ó á que estalle
la caldera del vapor,
ni por tierra á dar un vuelco
cuesta abajo si veloz
el ganado se desboca,
ó se embriaga el postillon;
ni á que un guarda en cada pueblo

saque tus trapos al sol,
y ladrones te acometan
un dia sí y otro no;
¡que es un contento el viajar
por esta tierra de Dios!

DOLORES. Eso es decir que Gustavo
cambiará su pabellon
por el nuestro.

D. CIP. Justamente.

DOLORES. Me alegro.

D. CIP. Cuando se habló
de casaros, esa fué
mi primera condicion,
y la aceptaron gustosos
hijo y padre.

DOLORES. Les estoy
agradecida.

D. CIP. Con esto,
y con ser tan bonachon
y tan amable Gustavo
que nunca alzará la voz
para contrariarte en nada,
felices sereis los dos;
y yo lo seré tambien
si otorga su bendicion
el cielo á vuestro consorcio,
y antes que siegue la hoz
de la Parca el hilo frágil
de mi vida, el comadron
me anuncia, para consuelo
de mi gota y de mi tos,
el dichoso natalicio
de un nieto como una flor.

DOLORES. ¡Jesus, papá; tiene usted
unas cosas!...

D. CIP. ¡Voto á...! Son
las tantas de la mañana,
y tan indolente soy
que aun no me he puesto otra ropa

más decentita. (Llamando.)
¡Querol!
No es justo que sola tú
lo luzcas... (Al criado, que llega.)
Sígueme.
(A Dolores, entrando con el criado en el cuarto de la izquierda.)
¡Adios!

ESCENA VII

DOLORES

DOLORES. Habré, al fin, de confesar
que papá tiene razon,
y que no estriba en ningun
fundamento mi temor.
Su cariño, su experiencia...
por otra parte, el *garçon*
no tiene mala figura,
y aunque seria mejor
dar mi mano á un compatriota,
que no á un *monsieur* ni á un *milord*,
bueno es parecerle bella.—
Consultemos al tremó...
(Mirándose al espejo.)
El no saldrá todavía,
porque es larga operacion
para un francés la *toilette*,
y una hora de reloj
tardará sólo en atarse
la corbata...
(Sintiendo pasos, vuelve la cabeza y ve á Gustavo vestido de majo.)
¿Quién...?

ESCENA VIII

DOLORES y GUSTAVO

DOLORES. ¡Ah!!!
GUSTAVO. ¡Oh!!!
DOLORES. ¿De majo usted? ¿Qué proyecto?...
GUSTAVO. ¡Vos en costumbre fransesa!
DOLORES. Ese traje... Mi sorpresa...
GUSTAVO. Español todo, parfecto.
Mi amigo don Casanova,
en Marsella residente,
por mi cuerpo expresamente
lo mandó haser en Cordoba.
Él es bello.
DOLORES. Sí; muy cuco.
(Tomarlo á risa es mejor.)
GUSTAVO. Grrasias.
DOLORES. (Para salteador
sólo le falta el trabuco.)
GUSTAVO. Yo muestrro mi simpatía,
señora, en este momento
adoptando el... vestimento
de mi segunda patría.
DOLORES. Gracias por tanto agasajo,
que es, cierto, cosa muy bella
ver á un hijo de Marsella
con los arreos de majo.
GUSTAVO. Yo, fransés, estaré surdo
en llevarle.
DOLORES. No; no tal.
(Ayer, que fué Carnaval,
comprendo... mas hoy ¡qué absurdo!—
¡Y mi padre me anunció!...)
Siéntese usted. (Se sientan.)
GUSTAVO. Grrandes grasias.—
Mais... ¿Usted tambien diplomásias?...
DOLORES. ¿Cómo... diplomacias yo!

GUSTAVO. Sí; pues, á vuestro pesar,
cóven persona, os vestís
á la moda de París
solmente por me agradar.
DOLORES. No; lo que tengo me pongo...
GUSTAVO. Pejro en el error estás
que á mí gusta mucho más
el mantilla y la... sojrongo.
DOLORES. (¡Ya se apea por la cola!)
GUSTAVO. Traque fransés... ¡mucho enfado!
DOLORES. Pero, ¿usted se ha figurado
que yo soy una manola?
GUSTAVO. ¡Eso! ¡Guapo! ¡El bello nombrre,
manola! Yo un español
conosco que en *mi bemol*
cantaba...
DOLORES. (¿Está loco este hombre?)
GUSTAVO. (Cantando y jaleando.)
«Ancha frranca de velludo
en la tejrsiada mantilla,
aijre resio, questo crrudo,
sobejrana pantojrilla,
alma atrrós, sal española...
¡Alsa! ¡Hola!
¡Vale un mondo mi manola!»
DOLORES. ¡Bravo! ¡Bravo! (Está de chunga.)
GUSTAVO. ¡Oh! ¡Grrasias...!
DOLORES. (¡Quién fuera sorda!)
Lo canta usted que lo borda:
con muchísima sandunga.
GUSTAVO. É yo porto castañolas
é todo lo menester,
que dan mucho de plaser
á mí dansas españolas,
é un bolejro de alto rango
me aprrendió nota por nota
un poquito de la cota
é un poquito del fandango;
é yo dajré testimonio

de habilidad, *il me semble*,
cuando bailamos *ensemble*
el dia del matrrimonio.

DOLORES. Señor mio, usted se engaña
si juzga en sus devaneos
que gustan de esos jaleos
las señoritas de España.
Yo blasono de patriota,
mas no sé bailar, ni quiero,
la cachucha ni el bolero,
el fandango ni la jota.

GUSTAVO. ¿Veramente? *(¡C'est dommage!)*
¿Pues qué baila usted?

DOLORES. *Galope*,
vals...

GUSTAVO. ¡Oh...! *¡Mais c'est de l'Europe!*

DOLORES. Rigodon...

GUSTAVO. *¿Pas davantage!*

DOLORES. Y este es el traje que visto.

GUSTAVO. ¡Dios mio, todo fransés,
de la cabesa hasta el piés!
¡Valga á mí San Quesucrristo!—
Mas si ese costumbre manca,
otros restarán *peut-être*,
señora, de *vos ancêtres*
tan aquí que en Salemanca.

DOLORES. Cierto, que cada nacion
tiene su fisonomía
peculiar; así la mia
como la de usted.

GUSTAVO. *¡Allons!*
Resterá, pues, el guitajro
y el tabaco... ¡Oh, muejro yo
por el tabaco!—*A propos*,
voy ensender un sigajro.
(Saca una petaca con cigarros, y de ella uno, que enciende luego con un fósforo.)

DOLORES. (¡Ay Dios mio, yo te imploro...)
Cierto; aun dura esa costumbre...

(¡Maldecida!) Traerán lumbre...

GUSTAVO. No; mí ensenderá fosfóro.

DOLORES. (¿Fósforos tambien? ¡Qué peste!
Me va á inficionar la sala.
Yo voy á ponerme mala...)

GUSTAVO. (Fumando.)
¡Mucho buen sigajro aqueste!—
¡Pobrre España sin sus bailes...

DOLORES. (¡Uf! ¡Qué humo tan condenado!

GUSTAVO. ¡Y por sima del mercado
la suprresion de los frrailes!
Vos estajreis mal contentos
de esa ley niveladojra.—
Mas, ¿cómo mascan ahojra
los padres de los conventos?

DOLORES. ¿Qué sé yo de eso? Presumo
que con las muelas...
(Apartándose por huir del humo.) (¡Jesus!)

GUSTAVO. *(¡Tiens, elle est fâchée...! ¡Pas plus...!)*

DOLORES. (¡Maldicion á tí y al humo!)

GUSTAVO. Pejro la cosa más buena
que os han decado los mojros
son los tojros... ¡Oh, los tojros...!
¿Hay tojros en Cartaquena?

DOLORES. (Aumentándose por grados su mal humor.)
Sí, señor.

GUSTAVO. *¡Le beau spectacle!*
¿Mucho leguas caminar?

DOLORES. Algunos... vienen por mar.

GUSTAVO. *Ca ne serait pas miracle,—*
Mí, yo viviré con pena
mientrra los dos no casamos
y al otro dia tengamos
tojritos en Cartaquena.—
Pejro usted, bella Dolojres,
torna cara é no contesta.

DOLORES. Es que... (Puf!)

GUSTAVO. E manifiesta
que tiene malos humojres.

DOLORES. ¿Malos humores? ¡No tal!
Mal humor... puede que sí.
GUSTAVO. ¡Perdon, Dolojritos! Mí...
Peut-être me exprimo mal.
Mas, ¿por qué de mala guisa?...
DOLORES. Ese cigarro...
GUSTAVO. ¡Oh! Sí, ahojra
comprendo... ¡Perdon, señora!
¡Perdone usted la meprisa!
DOLORES. No hay de qué. (¡Gracias á Dios
que deja, al fin, de fumar!)
GUSTAVO. (Ofreciendo á Dolores la petaca.)
Prende otro sigajro; un par...
é fumajremos los dos.
DOLORES. (Levantándose irritada.)
¿Yo fumar? ¡Yo! ¡Qué insolencia!
GUSTAVO. *Mais*... yo pensaba...
DOLORES. ¡Bellaco!
GUSTAVO. Yo he leido...
DOLORES. ¡Yo tabaco!
¡Quítese de mi presencia!
GUSTAVO. (Siguiéndola.)
Pejro atienda usted un poco.
¡Es habano...! Mijra aquí...
¡Pujro habano...!
DOLORES. (¡Uf...! ¡Ay de mí!
¡Qué angustia! Yo me sofoco.)
GUSTAVO. ¡Oh qué cajra de demonia!...
DOLORES. ¡Aparte usted! (Yo me caigo...)
GUSTAVO. ¡Señora...!
DOLORES. (Pero... aquí traigo
mi frasquito de colonia...)
(Saca del pecho un pomito, y Gustavo retrocede aterrado. Ella entre tanto le huele sin que él lo advierta.)
GUSTAVO. *(¡Ciel, le poignard!* ¡La navaca!
¡Elles sont armées toujours!)
DOLORES. ¡Ah! Yo... fallezco...
GUSTAVO. *¡Au secour!*
On fairà ici ma... mortaca...

Il faudrà la dèsarmer...
(Se abalanza á ella para quitarla lo que tiene en la mano. Dolores grita.)

DOLORES. ¡Socorro...! ¡Infame...! ¡Traicion!

GUSTAVO. (Apoderándose del pomito.)
¡Je l'ai!—¡Mais c'est un flacon!

DOLORES. ¡Ah! (Cae desmayada en la silla.)

GUSTAVO. *¿Est-ce qu'elle pâme? ¡Si fait!*
(Acude á socorrerla.)

ESCENA IX

DOLORES, GUSTAVO, DON CIPRIANO y PEPA

PEPA. (Llega corriendo por el foro.)
¿Quién grita? ¿Qué ha sucedido?

D. CIP. (Sale apresurado y á medio vestir del cuarto de la izquierda. Le sigue el criado.)
¿Quién da voces? ¡Ah! ¿Qué ven
mis ojos! (Acercándose.) ¡Hija! ¡Dolores!
(Don Cipriano y Pepa sostienen á Dolores.)
¡Agua!
(Váse el criado corriendo por el foro.)
¿Qué es esto?

GUSTAVO. No sé.
Ella... Señor... *Ce petit*
rèceptacle... Je croyais...

D. CIP. ¿Y qué diablos significa
ese ridículo tren?

GUSTAVO. ¡Oh! Mi vestido de maco.

D. CIP. ¡Estás gracioso con él!—
¿No viene el agua?

PEPA. Ya creo
que respira.

DOLORES. (Volviendo de su desmayo.)
¡Ay de mí!... ¿Quién?...
(Vuelve el criado con agua.)

D. CIP. No temas. Soy tu papá...
Bebe agua...

DOLORES. No tengo sed.
D. CIP. No importa; una poca...
DOLORES. Venga.
(Toma el vaso y bebe; el criado se retira en seguida.)
GUSTAVO. *(¡S'evanouir! ¿Qui l'aurait dit?)*
D. CIP. Si estás mala, hija mia,
puedes irte á recoger.
DOLORES. No; ya me siento mejor.
Estando al lado de usted,
nada temo. (Se levanta.)
D. CIP. Segun eso,
temias antes...
DOLORES. Sí; aquel...
(Viendo á Gustavo.)
¡Ese hombre!...
D. CIP. (A Pepa.) Vete allá dentro.
Ya no te hemos menester.
PEPA. (Harto será que no acabe
en tragedia el entremés.)

ESCENA ULTIMA

DOLORES, GUSTAVO y DON CIPRIANO

D. CIP. ¡Voto á briós, Monsieur Gustavo
de Martignac!...
GUSTAVO. Todo fué,
señor, un mal entendido,
et j'en atteste le ciel...
D. CIP. Oigamos primero á ella.
GUSTAVO. Yo, caballejro...
D. CIP. Bien, bien...
GUSTAVO. E siempre por las señoras
mucho galante é cortés.
DOLORES. Papá, ¿es cortés ni galante
un novio que viene á ver
á su futura vestido
como un jayan de Jerez?

Y si á esto encuentra disculpa,
como al asalto de ayer,
¿es cortesía no hablar
á una dama de mi prez
sino de toros y frailes...?

GUSTAVO. *Mais...*

D. CIP. ¡Silencio!

GUSTAVO. *Je me tais.*

DOLORES. ¿Y en vez de alabar mi traje,
siquiera porque es francés,
decirme que me estaria
mejor...—¡sátira soez!—
el zorongo... ¿Qué es zorongo,
Dios mio? ¡Y el guardapiés
á media pierna!... ¡Y cantarme
con ese acento cruel
la cancion de la *Manola!*

D. CIP. ¡Oiga! ¿Es músico tambien?

GUSTAVO. Sí, señor, filarmoníco.

DOLORES. Y, por último, encender
un fósforo, y en el fósforo
un cigarro... ¡Ay San Andrés!
¡Todavía está humeando
esa boca de Luzbel!

D. CIP. ¡Tire usted con mil demonios
ese cigarro!

GUSTAVO. *Mais...*

D. CIP. *¡Mais!...*
¿No ve usted que con el humo
se desmayará otra vez?

GUSTAVO. Eh bien, ya tijro sigajro. (Lo hace.)
(Je commence à m'ennuyer.)

DOLORES. Y aun fumar él... vaya en gracia;
mas ¡tener la avilantez
de ofrecerme otro cigarro!

GUSTAVO. Por galantería.

D. CIP. ¡Pues!

GUSTAVO. A mí enseñar que en España
fuman hembras.

D. CIP. De la hez
del pueblo, y pocas.
GUSTAVO. ¿Qué entiendo?
Alors, il faudrà brùler...
quemar mis libros.
D. CIP. Sí; debes
hacer un auto de fe
con ellos.
DOLORES. En fin, su habano,
que maldiga Dios, amén,
me trastornó los sentidos;
desfallecida saqué
ese pomito del pecho
para frotarme la sien
y la nariz, ¡y el villano
me asió del brazo...
GUSTAVO. *C'est vrai.*
DOLORES. Y me quitó...
GUSTAVO. *C'est ça; oui.*
D. CIP. ¡Hum!... ¡Voto á cristas de pez!...
DOLORES. Y... no puedo decir más,
que entonces me desmayé!
GUSTAVO. ¿Podré mí hablar á mi turno,
señor don Lopes Siprien?
D. CIP. Sí; y yo deseo en el alma
que te justifiques.
GUSTAVO. ¡Eh!...
¿Qué opinion formais de migo?
¿A qui croyez vous parler?
¿Habré yo desafiado
sielo é mar en mi baquel
por robar una pequena
butella *qui ne vaut*... trres
majravedís?... Mí pensaba
ser ¡navaca! *¡Pardonnez!*
D. CIP. (Soltando la carcajada.)
Ja, ja...
DOLORES. ¿Yo, navaja, padre!
¡Jesus, Jesus!...

D. CIP. ¡Qué sandez!
GUSTAVO. Eh bien, un otrra mentijra
de mis librros.
D. CIP. ¡Ya se ve;
dama española y navaja
bajo la liga, es de ley!
¡Y aquí todos son toreros,
y gente de ese jaez;
y en cada casa hay un fraile
que nos manda como rey;
y en las artes y las ciencias
vamos con el siglo diez;
y empieza en los Pirineos
el territorio de Argel!
Hay en Francia infinidad
de españoles que dan fe
de lo contrario; no importa:
nadie, responden, es juez
competente en propia causa,
¡y sólo es pintura fiel
de España la que ellos fingen
como Dios les da á entender!
Y escriben de nuestras cosas
veinte folletos al mes;
mas, si una vez en el clavo,
dan en la herradura cien;
que contraen cataratas
cuando aquí ponen el pié
para ver... lo que no miran
y mirar lo que no ven.
Así, la excepcion es regla
para ellos, y tal vez
si en hora menguada á alguno
muerde en la calle un lebrel,
con mucha formalidad
nos dice luego *Gautier*:
«Todos los perros de España
muerden entre cinco y seis.»
Y no faltan escritores—

si quieres los nombraré—
que sin salir de París,
pasean por Aranjuez,
y han bailado la cachucha
ó el polo con Isabel
segunda, ó se han embarcado
en la playa de Jaen,
para ver en Tarragona
Los Amantes de Teruel.—
Con semejantes ideas
vienen á España despues,
y no es milagro que incurran
en tanta ridiculez.

GUSTAVO. Mí, por equemplo, señor,
que desbarco al nocheser
en Cartaquena... Mi falta
es disculpable.

D. CIP. Sí es.

GUSTAVO. Mas, aunque mucho credúlo,
soy hombre honesto.

D. CIP. Lo sé.

GUSTAVO. *Y un quid pro quo...*

D. CIP. No es un crímen.—
Pero Dolores... Ya ves...
Vuestra boda es imposible.

DOLORES. (Abrazando á D. Cipriano.)
¡Padre mio! ¡Qué placer!

D. CIP. Vuestros genios son opuestos.—
Lo siento mucho...

GUSTAVO. ¿E por qué?
Nous ferions mauvais ménage...

D. CIP. Así lo debo creer.

GUSTAVO. Que tambien cayó por tierra
la mi torre de Babel.
Ya estoy mucho romanesco
et de-là les Pyrenées
venia buscar muchacha
salejrosa, una muquer
mucho fuerte, é con la sangre

bullendo como en sarten;
¡é la muquer que me dais
es ella todo al revés,
que se viste á la francesa
é tiene mucho desden
al sigajrro, é se evanuye!...
¡Fi!... Donnez moi mon congé.

D. CIP. Bien; no riñamos por eso,
y pues el mútuo interés
vuestro proyectado enlace
nos aconseja romper,
démonos padres é hijos
recíproco parabien...
(Dando la mano á Gustavo.)
y tan amigos como antes.

GUSTAVO. (Apretando la mano á D. Cipriano.)
¡Mí siempre amigo de usted!

DOLORES. Y vengan modas de Francia,
pero ¿maridos tambien?
¡No, por Dios!

D. CIP. Y hermanos sean
el español y el francés,
mas cada uno en su casa
y Dios en todas.

LOS TRES. ¡Amén!

FIN DE LA COMEDIA

Esta Galería, fundada en 1830, comprende más de 700 producciones nacionales y extranjeras, y las obras siguientes:

	Reales.
Fígaro D. Mariano J. de Larra: 4 tomos en 8.° con su retrato y biografía	80
Alvarez.—Derecho real: 2 tomos	30
Rossi.—Derecho penal: tercera edicion en un tomo	36
Arago.—Astronomía: 1 tomo	10
Poesías de **D. José Zorrilla**: 2 tomos	40
— de **D. José Espronceda**: 1 tomo	12
— de **D. Tomás Rodriguez Rubí**: 1 tomo	8
— de **D. Juan Eugenio Hartzenbusch**: 1 tomo	16
Arte de declamacion: por D. Cárlos Latorre	2
Memorias del príncipe de la Paz: 6 tomos	60

Y otras que figuran en los Catálogos

PUNTOS DE VENTA

En Madrid, en las librerías de la Viuda é Hijos de D. José Cuesta, D. Antonio San Martin y D. Fernando Fe.

En Provincias, en las principales librerías, donde se facilitan Catálogos.

Madrid.—Estab. tip. de E. Cuesta, á cargo de J. Giraldez, Cava-alta, 5